

8928

El

Prisionero de
Pisa.

A Manuel Lopez
Lote El Nuevo

EL PREGONERO DE BIOSA

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alfredo Moreno-Gil, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada **EL TEATRO**, de D. FLORENCIO FISCO-WICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PREGONERO DE RIOSA

ZARZUELA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS.

ORIGINAL DE

GIMENO ROL

MÚSICA DE LOS MAESTROS

JOAQUÍN TABOADA STEGER y MARIO F. CABALLERO

DECORADA POR

DON LUIS MURIEL

y representada por primera vez en el TEATRO DE LA ZARZUELA el día 23
de Mayo de 1900



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 duplicado

Teléfono número 551

1900

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

TERESA.....	Doña	Lucrecia Arana.
RAMONINA.....	»	Filomena García.
ROSA.....	»	Antonia Espinosa.
MARCIAL.....	Don	Manuel Guerra.
CRISPULÍN.....	»	Pedro Ruiz de Arana.
SABINO.....	»	José Sigler.
SEÑOR LORENZO.....	»	Pablo Arana.
ANTON.....	»	José Balsalobre.
COLÁS.....	»	Rafael Sánchez.
ALDEANO 1.º.....	»	Enrique Navarro.

Aldeanos, Aldeanas, Soldados, coro general

La acción pasa en Asturias, durante la guerra de Sucesión, 1710.

El derecho de reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra pertenece á *D. Florencio Fiscowich*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Pintoresco paisaje en Asturias. A la derecha, en segundo y tercer término, varias paneras (la primera practicable) para oncerrar maíz, yerba, granos, etc.; con escalerillas de madera. A la izquierda, en segundo término, una fuente entre unas rocas, con ancho pilón, sobre las que se ve una senda alta practicable, que baja por detrás á la escena. En el fondo, monté bajo con grandes árboles, cuyas ramas cubren esta parte del valle, y en último término varias rocas con un puentecillo rústico sobre ellas, y debajo un riachuelo que baja de la montaña. En el centro, una carreta cargada de yerba, y junto á la primera panera, varios sacos de granos de maíz. Banco rústico de piedra en primer término de la izquierda. Derecha é izquierda, las del actor.

ESCENA PRIMERA

Introducción

ALDEANOS, ALDEANAS, ROSA; después RAMONINA por la senda alta de la izquierda que está sobre la fuente; luego CRISPULIN, ANTON y COLAS por la derecha. Aparecen los Aldeanos y Aldeanas llenando las paneras; algunas de las Aldeanas, desde lo alto de la carreta, echan con las horquillas los haces de yerba por las ventanas de las paneras; los Aldeanos suben por las escaleras los sacos de maíz; las demás Aldeanas llenan en la fuente sus "herradas". Cuadro muy movido y animado.

Música

UNOS A las paneras
 subid la yerba.
OTROS No amontonarla
 sobre el maíz.
OTROS Poned los haces
 en otro lado.
AID. Ahí va la yerba.
OTRAS (Desde la carreta.)
 Echadla aquí.

CORO La vida del campo
 trabajo y fatigas
 à todos nos da.
 Sus doradas mieses
 y sus ricos frutos
 recojamos ya.

—

(Parece Ramonina con un cayado en la senda alta de la izquierda, gritando hacia el interior, como si hiciese retroceder al ganado, que figura que trae.)

RAM. ¡Eh!... ¡Eh!...
CORO ¡Si es Ramonina!
RAM. La misma soy.
ELLAS ¡Baja á la fuente!
RAM. ¡Corriendo voy!
 (Desaparece y baja á la escena.)

—

CORO De agua fresquita
 de la montaña
 nuestras }
 vuestras } herradas
 llenas están,
 que las vaquiñas
 en el establo
 al ser de día
 la pedirán.

—

RAM (Viniendo por el foro izquierda.)
¡Hola, muchachas!
Aquí estoy ya,
que mis vaquiñas
pastando están.

ELLAS
Que acabe Ramonina
de contarnos hoy
el fin de la leyenda
que ayer comenzó.
Sepamos de la niña
en qué terminó
su triste pesar,
su amante pasión.

RAM
Triste es la leyenda,
triste es la canción;
pero ya que todos
así lo quereis,
prestadme atención.

(Ramonina y Rosa se sientan en el banco de la izquierda, y en el suelo, á su alrededor, las demás Aldeanas, formando grupo con los Aldeanos, que se acorcan también á oír á Ramonina)

La guerra en la montaña
al fin se extendió;
solita en la cabaña
la niña quedó.
¡Ay, pobrecita niña,
con cuánto dolor
su tierno querer
no fué ya de aquel
que su amor cautivó!

CORO
Es triste la leyenda
del amor.
Prosigue, Ramonina,
la canción.

RAM.
Desamparada y pobre
la niña quedó,
que en pos de la victoria,

con noble valor,
luchando por la patria
su amante murió.
¡Ay, pobrecita niña,
con cuánto dolor, etc.

CORO Con su tierno amor
 su cariño pagó.
 ¡Pobrecita niña,
 y cuánto sufrió!
Dura y cruel es la guerra
que arrebató así nuestro amor!

RAM. La pobre niña, loca,
 al campo corrió;
 buscó á su bien amado
 y muerto le halló.
 ¡Ay, pobrecita niña,
 con cuánto dolor, etc.

CORO Es triste la leyenda
 del amor.
Termina, Ramonina,
 la canción.

RAM. En su amorosa frente
 un beso estampó,
 lanzó un tierno suspiro
 su fiel corazón,
 y muerta allí, á su lado,
 la niña cayó.
 ¡Ay, pobrecita niña,
 con cuánto dolor, etc.

CORO Con su tierno amor
 su cariño pagó.
 ¡Pobrecita niña,
 y cuánto sufrió!

Dura y cruel es la guerra,
que arrebató así nuestro amor.

(Cesa la leyenda.)

RAM.

(Levantándose.)

Ya sabéis la canción,
y aquí el cuento acabó.

CORO

De tan triste canción,
aquí el cuento acabó.

CRIS.

(Dentro.)

¡Socorro!... ¡Socorro!
¡Junto al maizal!... ¡Aquí!

TODOS

(Mirando hacia la derecha.)

¿Quién grita de ese modo?
¡Mirad... mirad allí!

ELLOS

La vaca del tío Lesmes
dirígesse hacia aquí!

ELLAS

¡Aaay!.. (Huyendo hacia la izquierda.)

ELLOS

¡Arrí!... ¡eh!... ¡vaca!...

(Figurando espantarla y tirando algunos sus garrotes
y piedras hacia el interior de la derecha.)

¡Atras!... ¡arrí!... ¡arrí!...
¡Ya huye, ya se aleja!
¡Corriendo va hacia allí!

CRIS.

(Dentro.)

¡Despacito... despacito!
¡Más despacito!... ¡así!

RAM.

(Observando.)

¡Si es Crispulín!

(Vase corriendo á reunirse con él.)

ELLAS

(Mirando también.) ¡El es!

TODOS

¡Ya vienen hacia aquí!

CRIS.

(Entrando, apoyado en Ramonina y Antón.)

¡Ay!... ¡ay!... (Quejándose.)

TODOS

¡Pobre Crispulín!

ELLAS

¡Jesús... cómo viene!

¿Quién te ha puesto así?

ALDEAÑOS

(Que vienen con él.)

¡Bueno ha sido el batacazo!
¡Bueno ha sido el revolcón!

CRIS. ¡No hay un golpe que se pierda
que no me le encuentre yo!
ELLAS ¿Pero cómo te ha cogido?
¡Dinos pronto cómo fué!
TODOS ¡Que lo cuente... que lo cuente!
CRIS. ¡Escuchadme... y lo sabréis!

—
En el maizal del puente
solito estaba yo
cogiendo unas mazorcas
en esta posición... (Bajándose.)

TODOS ¡Ay!... ¡ay!... (Quejándose.)
¿Te duele, Crispulín?
CRIS. ¡Pues claro está que sí!
RAM. ¿En dónde... en dónde ha sido?
CRIS. ¡Por aquí... por aquí!
(Poniéndose las manos detrás.)

—
De pronto... por detrás,
sin más explicación,
la vaca dijo *múú...*
y dióme el topetón.
Por el aire me ví al cabo,
y á los cuernos me agarré;
dí una vuelta... y por el rabo...

TODOS ¿Eh?
CRIS. ¡Por el rabo me apéc!
TODOS Por el aire se vió al cabo
y á los cuernos se agarró,
dió una vuelta... y por el rabo...
CRIS. ¡Sí!
TODOS ¡Por el rabo se apeó!
(Cesa la música.)

Hablado

ANTÓN ¡Lo que es el batacazo ha sido *rigular!*
COLAS ¡*Rigular!* (Repitiendo siempre las últimas palabras
en el mismo tono que las dicen.)
ALD. 1.º ¡Si la vaca del tío Lesmes es muy tope-
tona!

- ANTÓN Y muy traicionera; siempre embiste por detrás.
- COLÁS ¡Por detrás!
- RAM. ¿Te has asustado mucho, Crispulín?
- CRIS. Como que me encunó... salvo sea la parte, (Volviéndose.) y no veía más que cuernos por todos lados.
- COLÁS ¡Por todos lados!
- TODOS ¡Já, já, já!
- CRIS. ¡Sí; pues el caso es para reirse!
- RAM. Tiene razón Crispulín; si os hubiera topado a vosotros no os reiríais tanto.
- ANTÓN ¡Toparme á mí; quiá!
- CRIS. ¿Y por qué á tí no?
- ANTÓN Porque las vacas tienen mucho *sentío* y saben muy bien que si te topan á tí te aguantan y te quedas con ello; ¡pero si me topan á mí ya tienen encima un estacazo entre cuerno y cuerno!
- COLÁS ¡Entre cuerno y cuerno!
- CRIS. Bueno, sí; que tú eres más bruto que yo, todos lo sabemos.
- COLÁS Todos lo sabemos.
- ANTÓN (A Colás, dándole una patada.) ¿Sí?... ¡Pues toma, para que lo sepas mejor!
- COLÁS ¡Si yo no soy quien lo ha dicho!
- RAM. ¿Pero no sabes que Colás no es más que un *rilox* de repetición!
- ANTÓN ¡Bueno; pues para que lo *ripita* otra vez! (se oyen dentro la gaita y el tamboril.)
- ROSA (Observando.) ¡Eh!... ¿qué es eso?
- ALD. 1.º Sabino, que viene tocando la gaita.
- ANTÓN Pregón tenemos; de juro.

ESCENA II

DICHOS; SABINO por la derecha tocando la gaita, seguido de un Aldeano con una caja de tambor.

SAB. (Leyendo un pregón, después de un redoble de tambor.)
«Conoscida cosa sea—de todos los habitantes de esta feligresía—que habiendo sido

»declarado soldado Marcial Riera—y ha-
»biendo huído á la montaña—según de pú-
»blica voz se asegura—será perseguido como
»prófugo—si en el día de hoy no se presen-
»ta en el Concejo—para incorporarse á los
»soldados de la recluta—que llegarán hoy á
»esta aldea.» (Redoble de tambor.)

RAM.

¡Pobre Marcial!

SAB.

¡Y ya que os habéis enterado de todo, de-
jadme descansar aquí un poco, que hoy es-
toy reventado. (Se sienta en el banco.)

RAM.

¡Como tienes tantos oficios!

ROSA

¡Si no para ni un momento!

CRIS.

¿Has terminado ya los pregonos?

SAB.

Aún me falta el último en la puerta del Con-
cejo; pero este no le puedo echar hasta que
esté allí presente el señor alcalde.

RAM.

Y dime, Sabino, si los soldados de la re-
cluta que, como dice el bando, deben llegar
hoy á la aldea, cogieran á Marcial en la
montaña, ¿qué le harían?

SAB.

No lo sé; pero como estamos en tiempo de
guerra no lo pasaría muy bien.

ANTÓN

Claro que no, y si le declaraban luego deser-
tor, lo más fácil sería...

ROSA

¿Qué?

ANTÓN

Que le fusilasen.

TODOS

¡Fusilarle!

ROSA

¡Que barbaridad!

RAM.

¿Y todo por qué?

ROSA

¡Porque quiere á Teresa y Teresa le quiere
á él!

CRIS.

¡Eso!

SAB.

Y que así es la verdad, porque si él ha huí-
do á la montaña es por defenderla de las
pretensiones del señor Pacho, que, porque
es muy rico, quiere casarse con ella por en-
cima de todo.

RAM.

Claro! porque á no ser por eso Marcial no
hubiera desertado, y ella le hubiese espera-
do á que volviese de la guerra.

CRIS.

¡Eso!

SAB.

Ya! pero así hubiera dejado al viejo libre
el campo para obligar á Teresa á casarse con

él, ó á que se muriese de hambre con su pobre madre!

ROSA

¿De hambre?

SAB.

¡De hambre, sí! Cuando murió su padre, hace ya cuatro años, había gastado el pobre viejo lo que tenía y lo que no tenía, en su larga enfermedad. El señor Pacho, que ya había puesto los ojos en la muchacha, les adelantó cuanto necesitaban, pero con su cuenta y razón; y ahora, si no se casa con él, como no puede pagarle lo que le debe, la amenaza con embargarla la casa y las vacas, y lo poco que ya les queda. Por eso digo que Marcial hace muy bien en no dejar el país: que el hombre que bien quiere á una mujer no la abandona así á su pobreza, aunque tenga que exponer por ella su vida.

RAM.

¡Muy bien dicho!

CRIS.

¡Eso; choca, Sabino! (Dándole la mano.) Aunque seas pregonero haces bien en defenderle.

RAM.

¡Como que es su mejor amigo!

SAB.

¡Y que bien puedes decirlo, Ramonina! Pobre seré, pero no ingrato, y jamás olvidaré que cuando mi madre estuvo enferma, Marcial la socorrió con todo cuanto tenía y nada la faltó. Por eso, cuando mi madre murió, hace un año, me dijo: «Quiere á Marcial como á un hermano, que un hijo ha sido siempre para esta pobre viejeciña.» ¡Conque ya veis con qué gusto pregonaré yo ahora este bando!

ANTÓN

Tiene razón Sabino; mucho debe á Marcial.

CRIS.

¿Pues y yo? ¿A quién más que á él debo la salud cuando estuve tan malito... ¡pero muy malito! con aquellas calenturas tan calientes... tan calientes?

ANTÓN

Pues qué, ¿te curó Marcial?

CRIS.

¡Más que eso, porque sin él no me hubiera podido dar Sabino aquel jaropazo que me dió!

SAB.

¡Claro, como que yo no soy medicina!

CRIS.

¡Y la *medecina* me salvó! Pero como no la había en la aldea, Marcial tomó el camino

de la ciudad y, á patita y andando y corre que te corre, aquí volvió con ella pocas horas después, y con una cuarta de lengua fuera.

ROSA

¡Ya!

CRIS.

¡Eso; y como traje la toma... yo la tomé, y aquí está Crispulín!

ROSA

Y además de todo eso, bien merece que le defendamos, porque Marcial es un mozo muy garrido!

RAM.

Y, en fin, aunque el bando diga lo que diga, todas le esconderemos si llega el caso.

TODAS

¡Sí, sí, todas... todas!

SAB.

¡Eh, al orden el gallinero, que si el señor alcalde se entera de que conspiramos contra el bando, en cuanto lleguen los soldados!...

ROSA

¿Nos fusilarán á todas?

SAB.

¡Puede!

TODAS

¡Aaaay!

CRIS.

¡Eso!

ESCENA III

DICHOS; el SEÑOR LORENZO por la derecha.

LOR.

(saliendo.) ¿Pero aún estamos así?... ¡Siempre de *paliqueo* y brazo sobre brazo! Vaya, andando á guardar la escanda y el maíz en las paneras del molino, que ya habrán llegado las carretas: á la tarde se acabará de recoger la yerba.

ANTÓN

Andandó, muchachos. (Vanse Rosa, Sabino, Antón, Aldeanos y Aldeanas por la derecha.)

LOR.

Y tú, Crispulín, á ver si te despabilas, que yo no puedo estar á la vez en todas partes.

CRIS.

Si ya voy, padre.

LOR.

Si ya voy... y no te mueves! ¡Hum, no pareces hijo mío!

RAM.

Es que estará todavía un poco resentido del topetazo que le ha dado la vaca del tío Lesmes.

LOR.

¿Un topetazo?

CRIS.

Sí, señor.

- LOR. ¿Y en dónde?
- CRIS. Por aquí. (Volviéndose y llevándose atrás las manos.)
- LOR. Menos mal; por ahí no te habrá roto ningún remo.
- CRIS. No, señor; creo que no me ha roto nada.
- RAM. No se alarme usted, tío, todo ello no ha sido mas que un revolconcillo.
- CRIS. Eso: un revolconcillo... por el rabo.
- LOR. Me habías asustado, mujer!
- RAM. ¡Y luego dirán que no quiere usted á su hijo!
- LOR. ¡Que yo no quiero á mi hijo! ¿Y quién es el ganso que dice eso? Que me lo diga á mí y verá si de un estacazo...
- CRIS. Eso.
- LOR. Lo que yo no quiero es que sea tan corto de genio, y tan *encogío* para todo.
- CRIS. Anda... si ya me voy estirando, padre; ¿verdad, Ramonina?
- RAM. Y yo qué sé!
- LOR. Bueno; pues es preciso que te estires del todo.
- CRIS. Sí, señor.
- LOR. Ahora descansa aquí si quieres un poco, para que te repongas del susto, y vé luego al molino y echa un buen pienso al macho Pacorro, que esta tarde tengo que ir con él al maizal del montecillo.
- CRIS. Bien, padre.
- LOR. Y tú, Ramonina, vé á decir al tío Romo que recojan la yerba en las paneras de la Cortijana.
- RAM. Bien, tío; voy corriendo. (Vase hacia el foro izquierda.)
- CRIS. (Bajándose para verla.) ¡Miala... miala... y qué bien meneas las patitas!
- LOR. ¡Habrá mastuerzol! (Vase por la izquierda.)
- CRIS. Hasta luego, padre. (Volviéndose y llamando á Ramonina.) ¡Eh! ¡Chis! ¡Ramonina... ven... ven, mujer!

ESCENA IV

RAMONINA, CRISPULÍN

- RAM. (Volviendo.) ¿Qué quieres?
CRIS. Que tengo que decirte una cosa... antes que te vayas.
- RAM. Pues dila pronto, que ya has oído el mandato de tu padre.
- CRIS. (Acercándose.) Oye, Ramonina.
RAM. Oigo.
CRIS. Tú... tú eres mi prima.
RAM. Ya lo sé; y tú... mi primo.
CRIS. Eso... pero yo no quiero que seas solo mi prima.
- RAM. ¿Pues qué más quieres que sea?
CRIS. Pues quiero que seas... mi prima, mi segunda, mi tercera, mi cuarta, mi quinta...
RAM. Y tú el bordón. (Riéndose.)
CRIS. Eso.
RAM. Pues la guitarra completa!
CRIS. ¿Y qué menos hemos de ser que eso... siendo primos?
- RAM. Pero si no puede ser. Mira, Crispulín, yo... yo soy muy viva, tú muy cachazudo; yo muy resuelta, tú muy encogido, y, en fin, que no podríamos casarnos como tú no variarías mucho y fueses... más fuerte que yo; porque siendo tú el más débil y teniendo yo el genio tan pronto, á cada momento te estaría dando una cachetina, y ya ves que eso no estaría bien.
- CRIS. Bueno, pues quiéreme... como yo quiero que me quieras, y dame una cachetina por la mañana, otra por la tarde... y tres por la noche. ¿Convenidos?
- RAM. Pero Crispulín, si no es eso lo que yo quiero; al contrario.
- CRIS. Bueno, pues yo te las daré á tí.
RAM. ¿Tú?
CRIS. Yo, sí; que por algo dice lo que dice... un libro que tiene Sabino.

- RAM. ¿Y qué dice?
CRIS. Que así como los pájaros pelechan, así los hombres tienen también su muda, y varían mucho—aunque no tanto como las mujeres—y que eso consiste en la ley de... de eso, de los contra... *contraestes*.
- RAM. ¿Contra quién?
CRIS. Con... contra... contrastes... contrastes.
RAM. ¡Eh!
CRIS. ¡Eso, la ley de... de los contrastes.
RAM. ¿Y qué ley es esa?
CRIS. Verás: yo no he entendido nada de lo que dice el libro, pero yo te lo explicaré.
RAM. Bueno.
CRIS. En todos nosotros... hay siempre dos *nosotros*.
RAM. ¿Eh? Uno querrás decir.
CRIS. No; dos.
RAM. ¿Dos?
CRIS. Dos.—Verás: tú... tú eres Ramonina.
RAM. Sí, ya lo sé.
CRIS. Y además... eres otra Ramonina.
RAM. ¿Otra?
CRIS. Es decir... que tienes dos contrastes.
RAM. ¿Yo? ¿En dónde?
CRIS. Verás: una Ramonina es la que tiene un genio muy vivo, y muy decidido...
RAM. Bien, ¿y qué?
CRIS. Y la otra Ramonina es la que por cualquier cosa larga muchos *gipios*, y á veces le caen de los ojos dos lagrimones como castañas.
RAM. Ya lo creo que sí; como que no soy de cal y canto.
CRIS. Pues eso... es el otro contraste de la primera Ramonina.
RAM. ¿Y dice el libro que todos?...
CRIS. Todos; verás: yo soy un Crispulín muy tranquilo... muy tranquilo! y al mismo tiempo... soy otro Crispulín.
RAM. ¿Otro?
CRIS. Sí, otro que tiene á veces unos *rescoldores*... ¡puf! así como si tuviera calentura y...
RAM. ¿Tú?
CRIS. Y entonces... entonces me creo capaz de hacer por tí una barbaridad.

- RAM. Eso, Crispulín, eso es lo que yo quiero!
- CRIS. ¿Que haga una barbaridad?
- RAM. No, hombre; pero sí que alguna vez hagas... una hombrada.
- CRIS. Bueno; pues si tú me quieres...
- RAM. Sí que te quiero; pero por lo mismo que te quiero me duele mucho que ya á tus años se burlen de tí, y todos en la aldea digan que eres un gallina.
- CRIS. (Animándose.) ¿Yo?... ¿Yo un gallina queriéndome tú?
- RAM. Ya ves que eso no favorece á nadie, y menos á tí, que siendo como eres el hijo del labrador más rico de esta feligresía, podrías ser... el gallito del pueblo.
- CRIS. ¡Eso!... Queriéndome tú... yo buscaré mi contraste y seré... lo que tú quieras que sea; yo te lo prometo; y en prueba de ello... toma. (Abrazándola.)
- RAM. ¡Crispulín! (Retirándose.)
- CRIS. No te asustes, Ramonina.
- RAM. Alguien llega, adiós.
- CRIS. (Mirando hacia la derecha.) Si no es nadie... si es Sabino.
- RAM. ¡Adiós! ¡Adiós!
- CRIS. Espera, mujer! (Vanse corriendo hacia la senda alta del foro izquierda, donde se detienen un momento hablando, mientras Sabino canta dentro la copla; después sube Ramonina por dicha senda y desaparece.)

ESCENA V

CRISPULÍN, SABINO, por la derecha.

- SAB. (Dentro cantando.)
Cuando va por la pedrera
cómo *ximielga* la saya,
si yo subiera con ella
mucho más la *ximielgara*.
(Aparece en escena.)
- CRIS. (Mirando hacia la senda alta de la izquierda.) ¡Anda... anda, y qué paso lleva! ¡pero qué patitas!... qué patitas!

- SAB. ¡Aletea, Crispulín, que se escapa la pajarilla!
- CRIS. Me alegro que vengas. (Trayéndole al centro de la escena.) Sabino... yo... yo quiero ser el gallito del pueblo!
- SAB. ¡Eh!
- CRIS. Ramonina me ha dicho que me quiere mucho, pero que con un genio tan *recogto* como el mío no puede ser mi mujer.
- SAB. Y tiene mucha razón; tú. . por todo te acobardas, todos se ríen de tí, y eso no agrada mucho á las mujeres.
- CRIS. Pues por eso te digo que tú, que sabes tanto, me ayudes á hacer una cosa gorda... muy gorda, como ella me ha dicho, aunque sea una barbaridad.
- SAB. ¿Y harás lo que yo te diga?
- CRIS. ¡Todo!
- SAB. Pues en tu mano está.
- CRIS. ¿En mi mano? ¿dónde? (Mirándola.)
- SAB. Ciérrala te digo, y no dejes que se escape.
- CRIS. No se escapará. ¡Ya la he cerrao!
- SAB. Aprieta.. y escucha.
- CRIS. Todo soy orejas.
- SAB. Ya sabes que Marcial ha desertado por no abandonar á Teresa, exponiendo por ella hasta su vida.
- CRIS. ¿Deserto yo también?
- SAB. No, hombre, no; al contrario; lo que tú vas á hacer es... salvar á Marcial.
- CRIS. ¿Yo? (Con viva sorpresa.)
- SAB. Sí.
- CRIS. ¿Cómo?
- SAB. Presentándote como sustituto suyo al oficial de la recluta que viene con los soldados.
- CRIS. ¡Castañuelas! pero entonces yo tendría que ir por él á la guerra.
- SAB. ¡Ni pensarlo siquiera!
- CRIS. ¿Que no?
- SAB. ¡Que no! ¿Tú crees que tu padre consentiría en exponerte así á tantos peligros?
- CRIS. Pero es que mi padre ya soltó años há un buen puñado de escudos para librarme de la quinta.

- SAB. ¿Y qué le importa á tu padre otro puñado más, siendo tan rico como es?
- CRIS. Sí que es muy rico, pero por eso mismo es más agarrado á la moneda.
- SAB. Más agarrado será á su hijo, que no tiene otro.
- CRIS. Eso sí es verdad; ¿y dices que si yo hiciera esa hombrada?...
- SAB. Serías... el héroe de la aldea.
- CRIS. ¡Eso! ¡el héroe!
- SAB. Y entonces Ramonina se moriría por tus pedazos.
- CRIS. ¡Eso!... pero que no se muera.
- SAB. Y se casaría contigo y llenarías la casa de Crispulines.
- CRIS. ¡Eso! ¡rapaciños por todos lados!
- SAB. ¿Conque estás resuelto?...
- CRIS. ¡Resuelto! voy á decírselo á Ramonina, y en seguida...
- SAB. (Deteniéndole.) ¡No, hombre, no! ¡eso sería echarlo todo á perder!
- CRIS. Bueno; pues se lo diré á mi padre, y...
- SAB. ¡Menos todavía! esto no lo debemos saber más que tú y yo.
- CRIS. Bien; me callaré: ¿pero tú me aseguras?...
- SAB. Sí, hombre, sí; vé á buscarme luego á la plaza, y allí acabaremos de arreglarlo todo; el Concejo ya habrá concluído, y tengo que echar allí el último pregón. Conque no olvides que te espero en la plaza. (Vase por la derecha.)
- CRIS. No tengas cuidado, que por la cuenta que me tiene... no lo olvidaré. La verdad es que Sabino tiene mucho de *letura* y de *escretura* dentro de la *mollera*. Y si no... ¿por qué había de decir aquello de... «y se morirá por tus pedazos» y lo otro de... «y llenaréis la casa de Crispulines.» ¡Jé, jé!... ¡eso, eso! rapaciños por todos lados.—Conque voy á echar un pienso al macho Pacorro para tener contento á mi padre, y en seguida iré á buscarle á la plaza. ¡Animo, Crispulín!... ¡tú serás un héroe! (Vase corriendo por el foro izquierda.)

ESCENA VI

SABINO y CORO GENERAL, dentro; TERESA por la izquierda; luego MARCIAL por la senda alta de este mismo lado; después se oyen dentro, á bastante distancia, las cajas de tambores de los soldados que llegan á la aldea.

Música

(Se oyen dentro á lo lejos la gaita y el tamboril; después un redoble de tambor y la voz confusa de Sabino que pregona el bando anterior; Teresa, que habrá salido momentos antes, escucha el pregón con triste abatimiento, apoyada en una de las rocas de la fuente.)

TER.

Eco triste que matas
mis ilusiones,
no pregones la muerte
de mis amores!

¿Ya qué esperanza puede quedarme,
en triste llanto mi amor deshecho?
Sin ilusiones el alma mía
muere de angustia dentro del pecho!
Su voz amante ya no resuena
en la pradera que el río baña;
sus tiernas quejas ya no se oyen
entre los riscos de la montaña.

El bien amado
á quien adoro,
ya más mi acento
no escuchará.
Solo entre lágrimas
tiernos suspiros
en sus oídos
resonarán.

¡Ay!... ¡vida de mi vida,
á tí tan solo quiero!
¡tu amor es mi alma entera,
sin él morir deseo!
¡Si está mi dicha en tí;
sin tu cariño, que es mi esperanza,
no sé vivir!

(Se sienta abatida en la piedra de la fuente.)

CORO

(Dentro, que se va alejando.)

No cierres, niña, el palomar,
que el pichoncito fuera está;
y hacia su nido con amor
quiere volar ya tu pichón:
ya va á volar...
no cierres, niña, el palomar.

(Marcial, que habrá ya aparecido en lo alto de la senda, observa un momento y después llama á Teresa, que al oír su voz se levanta rápidamente.)

MAR.

¡Teresa!... (Baja á la escena.)

TER.

¡El es! ¡Dios mío!

¡Marcial! temblando estoy;
su vida que es mi alma
expone por mi amor!

MAR.

(Entrando y dirigiéndose á ella.)

¡Teresa mía!

TER.

¡Huye!

MAR.

¡Aun estoy libre!

TER.

(Con vivo temor.) ¡No!

¡Resuena en mis oídos
terrible ese pregón!

MAR.

Desecha tus temores,
cobra la calma;
la fe de mis amores
brille en tu alma;
que ella, bien mío,
dará á tu amante pecho
firmeza y brío.

TER.

No son vanos temores
los que á mi alma,
llena de mis amores,
roban la calma;
que ella, bien mío,
devuelva amante al pecho
firmeza y brío.

MAR.

Temores de perderte
reanimarán mi fe;
oculto en la montaña
velar por ti sabré.

TER. Ni ruegos ni amenazas
mi amor te harán perder;
de ti, mi bien amado,
mi vida entera es.

(Se oyen dentro, á mucha distancia, el coro anterior y las cajas de tambores, que van aproximándose lentamente.)

TER. (Reprimiendo un grito al oírlos y observando hacia el interior del foro izquierda.) ¡Ah! ¡Los soldados se dirigen á la aldea! ¡Huye, Marcial! (Vase Marcial corriendo hacia la senda alta de la izquierda.)

MAR. (Desde lo alto de la montaña.)

¡Adiós, Teresa mía!

¡Adiós!

TER. ¡Adiós!

MAR. ¡Adiós!

(Desaparece de la montaña. Teresa queda dominada por su amoroso sentimiento, con la mirada fija en la senda por donde ha huido Marcial; se oye el coro muy lejano, casi perdiéndose ya sus voces. Los tambores, oficial y soldados atraviesan la escena por el foro de izquierda á derecha. Cuadro.)

CUADRO SEGUNDO

Telón en primer término, que representa un agreste paisaje de Asturias.

Preludio en la orquesta sobre cantos populares.

CUADRO TERCERO

Extenso valle, cerrado á lo lejos en el fondo por altas montañas, que se dibujan confusamente. A la izquierda, en segundo término, la fachada de una casa de labranza con puerta practicable; al costado, y, por consiguiente, frente al público, otra pequeña fachada que forma parte de dicha casa, con ventana alta, también practicable. (Esta fachada tiene por principal objeto cubrir el practica-

ble de la decoración del primer cuadro, para hacer más breve la mutación.) A la derecha, y en el fondo, hasta perderse en lontananza, varios grupos de casas, cabañas, paneras, etc., que constituyen el caserío de una feligresía. En tercer término de la derecha una senda practicable (que será el piso de la panera primera del cuadro primero). Banco de piedra á la derecha. (Paisaje con mucho ambiente y lleno de luz.)

ESCENA PRIMERA

SABINO por la derecha; después, RAMONINA en la ventana.

Hablado

- SAB (Saliendo y acercándose á la ventana.) ¡Ramonina!...
¡Ramonina! (Llamándola.)
- RAM. (Dentro.) ¿Quién llama?
- SAB. Soy yo: Sabino.
- RAM. (Asomándose.) ¿Qué quieres?
- SAB. ¿Está Crispulín?
- RAM. No; ha ido á buscar á su padre á las pedreras.
- SAB. ¿Y no te ha dicho nada de...?
- RAM. ¿De qué?
- SAB. De...—Baja, que tenemos que hablar.
- RAM. ¿De Crispulín?
- SAB. De Crispulín.
- RAM. Allá voy. (Desaparece de la ventana.)
- SAB. Es preciso que Ramonina lo sepa todo; lo que ella no consiga del señor Lorenzo, no lo conseguirá nadie. La verdad es que el paso es muy atrevido; pero, de una manera ó de otra, el caso es salvar á Marcial, ¡y le salvaré!
- RAM. (Saliendo por la puerta de la izquierda.) Aquí me tienes ya. ¿Qué ocurre?
- SAB. Pues ocurre, en primer lugar, que la pobre Teresa está ya en medio del arroyo.
- RAM. ¿Teresa? Pues qué, ¿se ha caído al agua?
- SAB. No es eso, mujer. Quiero decir que el señor Pacho fué esta mañana á su casa con un notario que ha traído de la ciudad, con la pretensión de obligarla á que se case con él.

- RAM. ¡Viejo más testarudo!
- SAB. Pero como ella le rechazó y le dijo que quería á Marcial, furioso el viejo, y sin consideración alguna, la ha embargado todo cuanto tenía, y la ha dejado con su pobre madre en medio de la calle.
- RAM. Pero eso es una infamia!
- SAB. Ahí tienes por qué decía yo que Marcial no quería abandonarla así, expuesta á las pretensiones del señor Pacho.
- RAM. Y ha hecho muy bien.
- SAB. Muy bien, sí; pero eso puede traerle muy malas consecuencias; con la milicia no se juega impunemente.
- RAM. ¡Pobre Marcial!
- SAB. Pues por eso Crispulín...
- RAM. ¿Qué?
- SAB. Que ha hecho lo que ha hecho.
- RAM. ¿Y qué ha hecho?
- SAB. ¿Que qué ha hecho? Crispulín... ¡Crispulín es todo un hombre! Eso te lo digo yo.
- RAM. Pero, ¿qué ha hecho?
- SAB. Una... ¡una heroicidad!
- RAM. ¿Crispulín?
- SAB. Por salvar á Marcial ha sentado plaza de soldado como sustituto suyo...
- RAM. ¿Eh? (Con gran sorpresa.)
- SAB. Presentándose al oficial que ha venido con la tropa.
- RAM. ¿Que Crispulín ha sentado plaza?...
- SAB. De soldado; eso es.
- RAM. ¡Santa Ramonina me valga! ¡Pero si eso no puede ser!
- SAB. No podrá ser; pero lo es.
- RAM. ¿Crispulín soldado?
- SAB. Soldado.
- RAM. ¡Crispulín dejar así á su padre!... ¡Crispulín alejarse de mí!... ¡Crispulín ir á la guerra!... Santa Virgen de Covadonga sea conmigo!
- SAB. Como tú no querías casarte con él hasta que hiciera algo gordo y fuera el gallito del pueblo...
- RAM. ¿Y por eso?...
- SAB. ¡Por eso, sí!

- RAM. ¡Santo Cristo de Candás! Que yo no quiera que sea un bobalicón, es la verdad; pero que por mí sea soldado, y se vaya á la guerra, y le maten allí, ó se muera del susto, y luego... ¡No! ¡No! Eso no puedo quererlo yo, ni su padre, ni nadie que bien le quiera!
- SAB. Serénate, Ramonina, que nada de eso sucederá.
- RAM. ¿Que no?
- SAB. Que no. ¿Crees tú que su padre siendo tan rico le dejaría marchar así? Pues en aflojando la moneda, todo queda arreglado.
- RAM. Pero es que mi tío... ¡es muy bueno, sí, muy bueno! pero ya sabes lo que le cuesta soltar los maravedises!
- SAB. Pero... ¿y tú?
- RAM. ¿Yo?... ¿Qué?
- SAB. Nadie en la aldea ignora que tú eres el alma de la casa de tu tío, que él no desea otra cosa que casar á su hijo contigo, y cederá al fin en cuanto tú le digas que es preciso librarle del compromiso que ya ha contraído, porque como ya es mayor de edad...
- RAM. ¡Sí, Sabino, sí! ¡Todo... todo lo intentaremos! Voy corriendo á buscarle, y...
- SAB. (Mirando hacia el interior derecha.) Allí viene con su hijo. ¡Mira... mira cómo manotea! ¡De juro que ya lo sabe todo por Crispulín. La ocasión parece que te llama: no la pierdas, Ramonina.
- RAM. No, no la perderé. ¡Crispulín soldado! (Vase corriendo por la derecha.)

ESCENA II

SABINO, después ROSA por la senda alta de la derecha, con una pandereta.

- SAB. ¡Pobre Ramonina, buen trago la he hecho pasar! y bien sabe Dios que ya lo siento! (Breve pausa.) ¿Se negará el señor Lorenzo á pagar un sustituto? ¡No es posible que un padre tenga el corazón tan duro como su bolsa! (Con marcada resolución.) Pero, en fin, si así fuera... ya sé lo que debo hacer!

- ROSA** (Entrando corriendo.) ¡Sabino! ¡Sabino!
- SAB.** ¿Qué quieres tú ahora?
- ROSA** Que todos andamos buscándote para que vengas á la plaza á tocar la gaita para que bailemos el *Pericote*.
- SAB.** ¿Y á santo de qué quereis bailar ahora el *Pericote*?
- ROSA** Para obsequiar á los soldados que han llegado á la aldea.
- SAB.** Bueno; pues bailar todo lo que querais, pero lo que es Sabino no toca la gaita.
- ROSA** ¿Por qué?
- SAB.** Porque hasta que Marcial no esté libre no hay *Pericote* que valga.
- ROSA** Como todos dicen que Crispulín ha sentado plaza por él, para que su padre pague el sustituto, yo creía que ya estaban todos libres.
- SAB.** Eso está todavía por ver, y eso es lo que yo voy á saber ahora. (Observando hacia la derecha.) Aquí viene ya el señor Lorenzo con Ramonina y Crispulín; con que vete pronto que necesito estar solo para enterarme bien de todo.
- ROSA** Pero si Marcial queda libre...
- SAB.** (Echándola.) Sí, mujer, sí; entonces iré á la plaza y tocaré allí todo lo que querais.
- ROSA** ¿Quedamos en eso?
- SAB.** En eso.
- ROSA** Bueno; pues allí te esperamos. (Vase corriendo por la senda alta derecha.)
- SAB.** (Mirando hacia el interior del segundo término de este lado.) Mala cara trae el viejo. Observemos desde aquí. (Se oculta detras de una roca.)

ESCENA III

SABINO oculto, el SEÑOR LORENZO, RAMONINA y detrás CRISPU-
LÍN por el segundo término derecha.

- RAM.** (Suplicándole conmovida.) ¡Pero tío!
- LOR.** ¡No hay tío que valga! (Aparece Crispulín muy abatido y se sienta en el banco de la derecha, donde queda casi inmóvil escuchando á los dos.)
- RAM.** ¿Y Crispulín va á ir á la guerra?

LOR. ¡A la guerra! ¿No lo ha querido él así? ¿No ha sentado plaza de soldado por su propia voluntad?

RAM. Sí, señor; pero ha sido para probarnos que tiene un gran corazón, ¿verdad, Crispulín? (Crispulín la mira afligido, sin atreverse á decir nada.)

LOR. ¿A que me vas tú hacer creer ahora que está bien hecho lo que ha hecho para librar á Marcial?

RAM. Sí, señor! una hombrada, una valentía, una acción muy generosa que le pone muy alto á los ojos de todos, y mucho más á los de su padre!

LOR. Muy alto, ¿eh?

RAM. Pero muy alto!

LOR. Bueno; pues que sea granadero de la corona; no me opongo á ello.

RAM. ¿Granadero Crispulín? (Dirigiéndole una expresiva mirada.)

LOR. Así no volverá á achicarse más; y ya que ha dado el primer estirón... que siga creciendo.

RAM. ¡Pero si aquí puede estirarse también!

LOR. En ninguna parte mejor que en la milicia se avispán los hombres; pues que se avise, que bien lo necesita.

RAM. ¡Tío!

LOR. ¡Y dale con el tío!

RAM. Nadie más que yo desea que Crispulín sea un hombre... derecho; pero exponerle así á los peligros de la guerra... lo que es eso, tío... eso, tío... me estruja el corazón!

LOR. ¿Y quieres que yo... sobrina... estruje de nuevo la bolsa para que él vuelva á encojarse aquí otra vez? Nada, nada, ¿no ha querido él ser soldado sin mi consentimiento? Pues lo será!

RAM. ¡Pero tío!

LOR. Lo dicho, lo será! (Vase por la puerta de la casa de la izquierda; Ramonina y Crispulín rompen á llorar. Sabino sale de detrás de la roca y se dirige hacia ellos, pero de pronto se detiene y queda un momento pensativo; después, tomando una firme resolución, se retirará con ánimo decidido por la senda alta de la derecha.)

ESCENA IV

RAMONINA, CRISPULÍN

Música

RAM. (Acercándose á él llorando.)
¡Ay, Crispulín!
¡Eeeh! ¡Eeeh!
¡Aaay... Crispulín!
¡Eeeh! ¡Eeeh!

CRIS.
¡Ay, Ramonina!
¡Eeeh! ¡Eeeh!
¡No me mires así!
¡Eeeh! ¡Eeeh!

RAM. ¿Por qué has sentado plaza de soldado?
CRIS. ¡Por darte gusto á tí!
RAM. ¿A mí? ¿A mí?
CRIS. No o o llores, Ramonina!
RAM. ¡Aay!... pobre Crispulín!

RAM. Que seas valiente
sí que quiero yo,
pero ir á la guerra...
¡eso sí que no!
que en casa, solitos,
siendo tú mujer,
ya verás qué gresca
vamos á tener.

CRIS. Ser todo un valiente
también quiero yo,
pero ir á la guerra,
¡eso sí que no!
que en casa, solitos,
siendo mi mujer,
ya verás qué gresca
vamos á tener.

RAM. ¡Si tu padre se ablandara!
CRIS. ¡Que no se ablandará!
RAM. ¡Si mis ruegos escuchara!
CRIS. ¡Que ya no escuchará!
RAM. ¡Ay... entonces, Crispulín!
CRIS. ¡Qué mujer!
RAM. ¡Qué felices... qué felices
llegaríamos á ser!
CRIS. ¡Ay, de esas cosas
no me hables, mujer!

—
Maldita la guerra
que así de tus brazos
arranca á pedazos
mi tierno querer.
Si ya más no vuelvo
no dés al olvido
que yo tu marido
muy pronto iba á ser.

—
RAM. Maldita la guerra
que así de mis brazos
arranca á pedazos
tu tierno querer.
Si ya más no vuelves
no daré al olvido
que tú mi marido
pronto ibas á ser.
CRIS. ¡Ay, Ramonina!
¡ejé, ejé!
RAM. ¡Ay, Crispulín!
¡ejé, ejé!
(Cesa la música.)

Hablado

RAM. ¡No llores más, hombre!
CRIS. ¡Ay, Ramonina!... ¡el caso no es para menos!
RAM. ¡Es verdad!
CRIS. Alguien se acerca: no. . no quiero que... que

me vean... con estos... la... lagrimones! (sollozando.) ¡Ay... ay!... (Vase por la derecha.)
RAM. ¡Pobrecito! se muere del susto... en cuanto coja en sus manos el armamento!

ESCENA V

RAMONINA, TERESA y ROSA por el segundo término de la derecha; el señor LORENZO aparece y observa desde la ventana del fondo de la casa.

ROSA (Saliendo con Teresa.) ¡No te aflijas así, Teresa, que no todos somos tan crueles como ese pícaro viejo que os ha echado á la calle, sin compasión alguna! Pobres somos; pero mientras tengamos borona en mi casa ni á tí ni á tu madre ha de faltarnos un pedazo de pan.
TER. Gracias, Rosa; ¡Dios te lo pague! (Se sienta abatida en el banco de la derecha.)

ROSA (Acercándose á Ramonina, que estará al otro lado.)
¿Pero qué es eso? ¿tú también estás llorando? ¿Desde cuándo nuestro alegre valle se ha convertido en valle de lágrimas? Vamos, di, ¿por qué lloras?

RAM. Porque Crispulín ha sentado plaza de soldado para librar á Marcial.

TER. (Levantándose rápidamente y dirigiéndose á ella.)
¿Eh? ¿qué dices? ¡no, no! ¡si eso no es posible! ¡Marcial cuenta ya con mi promesa y con todo mi cariño! ¡he jurado esperarle y le esperaré! La pobreza en que hemos quedado mi madre y yo será desde hoy mi mayor defensa! ¡nada me asusta ya! ¡si es preciso... limosna pediremos de puerta en puerta, pero mi amor será siempre suyo, y nadie tendrá ya derecho á imponerme su voluntad!

RAM. ¡Teresa!

TER. No lo dudéis; Marcial no puede consentir que nadie se sacrifique así por él.

ROSA ¡Pero si Crispulín no es ya soldado!

RAM. ¿Que no es soldado?

ROSA Ni Marcial tampoco. Los dos están ya libres.

RAM. } ¿Libres?
TER. }

ROSA El que es soldado, y dentro de un momento va á partir con la tropa... es Sabino.

RAM. } ¿Sabino?
TER. }

ROSA Sí.

RAM. ¿Pero tú cómo sabes?...

ROSA ¡Como que he visto todo lo que acaba de pasar!

RAM. ¿Y qué es lo que ha pasado?

TER. ¡Habla!...

ROSA Los soldados estaban ya formados en la plaza para ir á recoger los quintos de las otras feligresías: en esto se presentó Sabino, y dijo: «Señor oficial, yo he sido el que ha hecho que Crispulín sentara plaza, confiado en que su padre, que es muy rico, pagaría el sustituto; pero su padre se ha negado á ello, y yo... que no tengo el corazón tan duro, no he de consentir que por causa mía vaya á la guerra. (Con tierna expresión.) A nadie tengo que lllore mi ausencia; libre soy de mis acciones; quiero y debo mucho á Marcial, y el verdadero sustituto suyo soy yo. ¡Pobre Sabino!

RAM. }
TER. } ¿Qué noble corazón!

ROSA Entonces... el señor Oficial le dijo, abrazándole: «Acepto la sustitución; tú eres un valiente, y los valientes deben estar á mi lado.» Y volvió á abrazarle; y le abrazaron los soldados, y le abrazaron también los otros mozos, y yo... (Con rubor.) yo también le abracé... y ya lo he dicho todo.

TER. } (Abrazándola.) ¡Bien, Rosa!

RAM. }
VOZ (Dentro.) ¡Viva Sabino!

OTRAS (Idem.) ¡Viva!

ROSA ¡Ya están aquí! ¡ya están aquí!

ESCENA VI

DICHOS: SABINO por la derecha con su atillo á la espalda en una vara; detrás ALDEANOS y ALDEANAS aclamándole; después MARCIAL por la senda alta del mismo lado; el señor LORENZO en la ventana. Las Aldeanas salen con panderetas, que dejarán detrás en la escena.

Música

SAB.

(Saliendo.)

¡Gracias, amigos míos,
no olvidaré jamás
las pruebas de cariño
que todos hoy me dais!

CORO

Acción tan generosa,
en bien de la amistad,
por siempre en nuestro pecho
grabada quedará.

(Aparece Marcial y observa.)

SAB.

(Acercándose á Teresa.)

¡Teresa... Adiós!

TER.

¡No partas,
no aumentes mi pesar;
un grave sentimiento
darías á Marcial,
creyendo así pagarle
deberes de amistad!

SAB.

¡Es cuanto puedo darle!
¡mi pobre libertad!

MAR.

(Con expresivo acento, desde lo alto de la senda.)

Tan grande sacrificio
jamás podré aceptar!

TER.

¡Marcial! (Conmovida al verle.)

TODOS

¡Marcial!

TER.

¡Dios mío!

RAM.

¡Valor! (Animándola.)

TODOS

(¡Pobre Marcial!)

TER.

(¡El alma en mil pedazos
aquí siento estallar!)

(Oprimiendo su corazón.)

MAR. (Ya en escena, abrazando á Sabino.)

Tu noble sacrificio,
tu generosa acción.
¿quién arrancar podría
ya de mi corazón?

SAE. ¡Soy pobre... y nada valgo;
deja que parta!

MAR. No!

SAB. ¡Cede, Marcial!

MAR. ¡No puedo!

(¡Qué noble corazón!)

(El señor Lorenzo desaparece de la ventana y un momento después sale por la puerta de la casa, atraviesa la escena y se retira por la senda alta de la derecha.)

CORO (Señalando á Teresa.)

(¡Su misma pobreza,
su amante pasión
destrozan su pecho
con triste dolor!)

MAR. (A Teresa.)

Partir á la guerra
me manda el deber;
en mi alma se encierra
tu tierno querer!
¡Si es tuya mi vida
guardarla sabrás,
que en tus brazos, si vuelvo algún día,
la quiero encontrar!

TER. ¡Partir á la guerra
le manda el deber,
en su alma se encierra
mi tierno querer!

¡Que es tuya mi vida
dudar no podrás;
y en mis brazos, si vuelves un día,
amante hallarás!

RAM. ¡Partir á la guerra
le manda el deber;
en su alma se encierra
su tierno querer!

¡Que es suya su vida
dudar no podrá;
y en sus brazos, si vuelve algún día,
amante hallará!

SABINO, ROSA y CORO GENERAL
¡Partir á la guerra
le manda el deber;
en su alma se encierra
su tierno querer!
Si amor les da vida,
guardarle sabrán
y en sus brazos, si vuelve algún día,
los dos le hallarán!

CORO
¡Si amante su voz
no escuchan ya
por eso su amor
no olvidarán!
(Sigue la música hasta el final.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ANTÓN, COÍAS y algunos ALDEANOS por la senda alta de la derecha; luego CRI-PULÍN y detrás el SEÑOR LORENZO por el primer término del mismo lado: tambores dentro.

Hablado

(Se oyen, á bastante distancia, las cajas de los tambores, que primero se acercan y después se van alejando, según marca el diálogo.)

TER. (Dando un grito al oírlos.) ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Ellos son! ¡Los soldados se dirigen hacia aquí! ¡Marcial!... ¡Marcial mío!...

MAR. ¡Animo, Teresa!

RAM. (A Rosa.) ¡Cruel despedida!

ROSA (¡Pobrecita Teresa!) (Llorando.)

SAB. ¡Marcial... déjame partir!

MAR. ¡No! (Se oyen más cerca los tambores: sensación general.)

TER. ¡Ya vienen... ya vienen por tí!

ANTÓN (Adelantándose.) ¡No llores más, Teresa, que no es eso!

TODOS ¿Eh?

ANTÓN ¡Los soldados no vienen aquí! ¡Los soldados se marchan ya de la aldea!

- TER. ¿Que se marchan?...
ANTÓN Sí; porque el señor Lorenzo ha entregado al señor oficial una bolsa llena de escudos, para librar al recluta de nuestra feligresía del servicio *melitar*.
- TER. ¡Ah!
MAR. ¿Qué dices?
CRIS. (Saliendo y saltando de alegría.) ¡Eso!...
¡Que el recluta se salvó,
que mi padre se ablandó,
que la bolsa se aflojó
y que ya todo acabó!
¡Viva Marcial! (Abrazándole.)
¡Viva! (Aparece el señor Lorenzo.)
¡Viva el señor Lorenzo!
¡Viva! (Todos le felicitan; Teresa le besa las manos; Marcial y Ramonina le abrazan, formando un grupo muy sentido y animado.)
- CRIS. Y ahora, para celebrar su libertad... á bailar todos el *Pericote*
- TODOS ¡Sí, sí, el *Pericote*, el *Pericote!* (1)
ROSA ¡Anda, Sabino!
SAB. ¡Ahora sí que tocaré... hasta que baileis de coronilla! ¡Venga mi gaita! (Cogiéndola de uno de los Aldeanos.)
- TODOS ¡En baile, en baile! (Sabino toca la gaita; las Aldeanas cogen las panderetas y todos bailan el «Pericote.» Cuadro muy animado.)

TELÓN

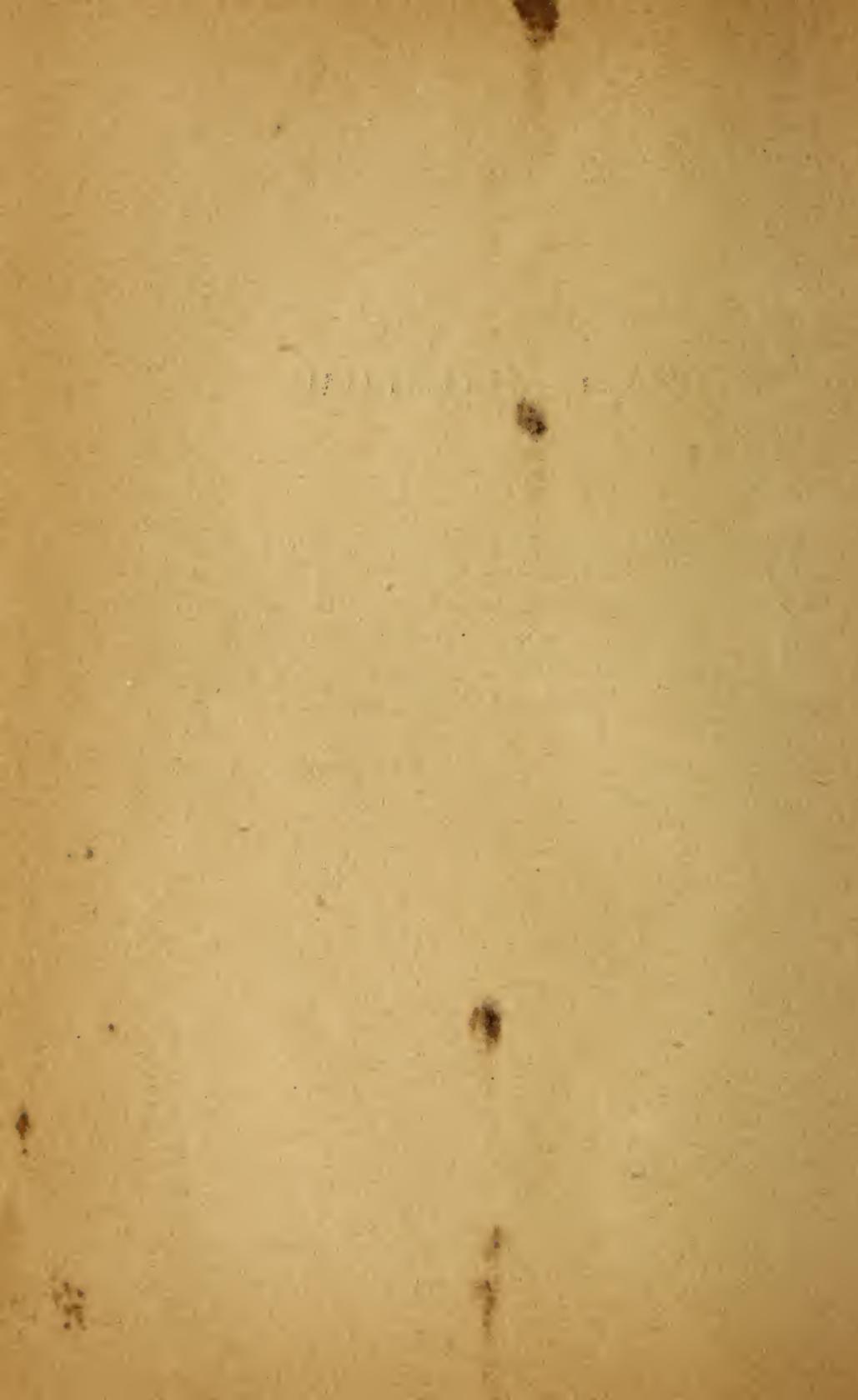
(1) Este característico y animado baile ha sido dirigido por el señor Estrella.

POST-SCRIPTUM

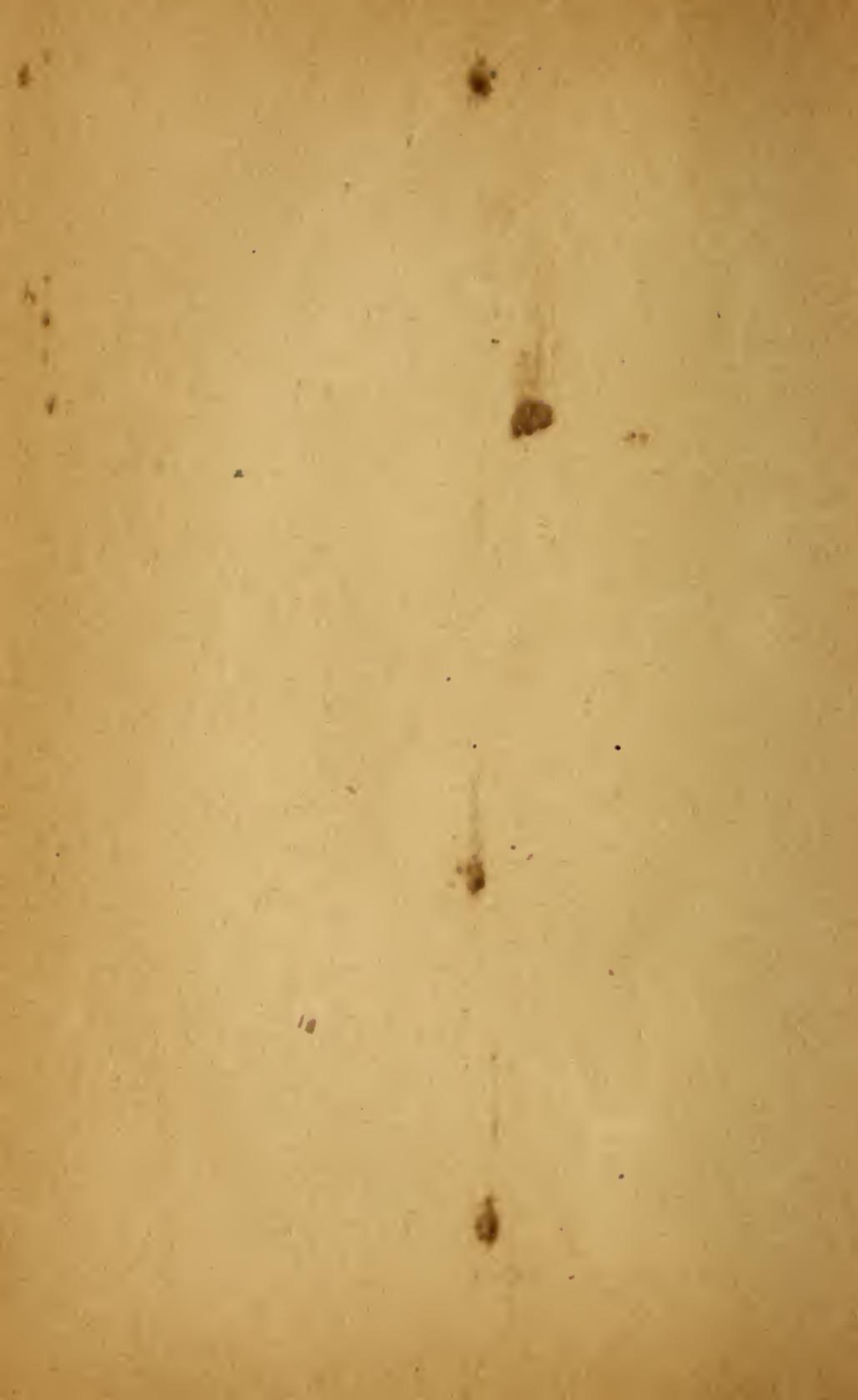
El éxito que ha obtenido esta obra, en su primera representación, me impone el deber de manifestar públicamente que, en su mayor parte, se debe tanto á los maestros de la inspirada y sentida música que da valor á este modesto libro, como á los artistas que con tanto celo y cariñoso interés han tomado parte en su representaeión.

Reciban todos, entre los aplausos del público, mi más cordial agradecimiento.

EL AUTOR.







POLIZA N. 16526

